

“Subalternos, mando y utopía en historias del presente”

Reseña del libro de Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Editorial Era, 2006, 155 pp.



Francisco Javier Gómez Carpinteiro

En estos momentos la melancolía del posmodernismo cancela, bajo la premisa del fin de la historia, sueños utópicos en nombre de la existencia de un “otro” fragmentado y reinventado políticamente por el peso de formaciones discursivas que lo definen, por ejemplo, como refugiado, nómada o terrorista. Sin embargo, el “otro” como encarnación de alguien no sólo “culturalmente” distinto sino económica y políticamente subordinado, dista mucho de ser una categoría residual. La construcción de su marginalidad es siempre específica e histórica y en ella los otros aparecen como sujetos de su propia historia.

Dentro de tal esquema analítico que reconoce la existencia del espacio que para su autoafirmación va abriendo el sujeto a través de su experiencia histórica, Adolfo Gilly interpreta el pensamiento de diversos autores que han abonado su inteligencia a la necesidad de imaginar mundos, aunque difícilmente venideros, mejores y más justos. Gilly revisa en este libro desde las ideas de Walter Benjamin sobre el pasa-

do hasta las de Guillermo Bonfil acerca de la existencia en México de una civilización negada de matriz mesoamericana, deteniéndose, mediante la lectura también de Karl Polanyi, Antonio Gramsci, Edward Palmer Thompson y Ranajit Guha, a analizar nociones referidas a valores, significados, modos de hacer política y formas de conciencia entre grupos y clases subalternas.

Tal “constelación” de autores, como se refiere Gilly a este agrupamiento vario pinto, se encuentra estructurada por el concepto de Benjamin de “historia a contrapelo”; a esos pensadores les une una ética opuesta a lógicas hegemónicas que han acompañado la construcción de la modernidad. Ante la amenaza del nazismo alemán y el progreso apolítico que representaba el advenimiento del Tercer Reich, Benjamin delineó lo que sería una invitación a producir historias desde la memoria amarga de la derrota como una fuente de conocimiento y esperanza. Como sostiene Gilly, la invitación que formulaba Benjamin subrayaba ver al pasado como un “principio

activo recibido por las generaciones vivas, un principio que resiste a la pérdida de significado de la vida humana” (46). Entonces, si la historia ofrece la oportunidad de buscar lo que da significado al presente, la labor del historiador no debe contentarse en registrar el flamante brillo de una historia de barbarie y opresión, tiene que “cepillar a contrapelo el pasado” para reconocer en éste las memorias, cicatrices, huellas que se han materializado en tradiciones y modos de socialización.

Fundamentalmente bajo este razonamiento, Gilly plantea desde los dos primeros capítulos la comprensión del mundo globalizado y la organización actual de poderes transnacionales. Contempla la época presente como un tiempo donde se ha exacerbado el despojo universal por parte del capital de aquellos recursos que dan sustento a modos de vida y organización basados en la reciprocidad y solidaridad. Ante el control de fuerzas extraeconómicas, el mercado ha subordinado más que nunca la lógica del valor de uso a la lógica del valor de cambio, lo

que ha generado categorías tanto para incluir a los reproductores de valor como para excluir de ella a “parias, bárbaros, marginales, excedente o desechables” (36). Acerca de las consecuencias de este mercado autorregulado, las tesis de Polanyi son sumamente importantes para Gilly. De hecho, el capítulo II de su libro está básicamente estructurado por el argumento general del autor de *La gran transformación* (1944) referido a que las características del mercado tal como lo conocemos ahora son impuestas por fuerzas no económicas. De ese modo, el mercado se erige hoy, a igual que durante la revolución industrial, como una poder destructivo de principios y normatividades basados en la defensa de patrimonios comunes para transformar todo en mercancía “creando una nueva clase de pobres, vagabundos desprotegidos sin tierra, ni identidad ni lazos sociales” (52).

Hay algo paradójico en la apropiación de estas ideas. Si bien Polanyi fue un crítico acérrimo de cualquier régimen totalitario, incluida la tiranía del mercado, era un fustigador férreo del marxismo que consideraba una teoría guiada por visiones teleológicas. La explicación del ascenso y la crisis del libre mercado en el siglo

XIX —de algún modo la utopía del propio progreso— por la imposición de sus lógicas de fuerzas extraeconómicas, representó ver tierra, trabajo y dinero como mercancías que revelaban que la economía no era una esfera económica de la sociedad, como pensaban tanto economistas liberales como marxistas (ortodoxos).¹ Sobre esta base, la revisión que hizo Polanyi de trabajos de antropólogos como B. Malinowsky sobre las Islas Trobriand y otros lugares en cuanto a la manera en que sociedades tradicionales se organizaba no alrededor del mercado sino en torno a relaciones de reciprocidad y redistribución, se constituyó en una línea de análisis que fue seguida por diversos antropólogos que consideraban a las economías primitivas alejadas de las lógicas del capitalismo. La cuestión, como fue anticipada desde la década de los sesenta, es que datos etnográficos revelaron que sociedades basadas en la reciprocidad y redistribución no formaban parte de ninguna condición periférica,² como después lo afirmaría con mayor contundencia el antropólogo Eric R. Wolf en su obra más conocida, *Europa y la gente sin historia*,³ cuyo título daba cuenta, irónicamente, de cómo sujetos antropológicos, los “otros” de

los países del norte del Atlántico, eran en realidad parte de largas historias de colonización, expansión de imperios, formación de Estados y construcción de mercados.

Sin embargo, en los últimos años, la obra de Polanyi ha aportado argumentos tanto a círculos académicos de críticos del libre mercado como a activistas contra éste que seguramente han sido participantes en manifestaciones como las de Seattle (1999) o Praga (2000), donde se han opuesto a instituciones de financiamiento internacional.⁴ Polanyi constituye así una buena perspectiva analítica para explorar desde su visión romántica las consecuencias que el capitalismo feroz tiene sobre mundos organizados, al menos idealmente, en lógicas económicas y culturales opuestas a las racionalidades de políticas económicas neoliberales.

Pero más allá de estos preceptos, la lectura más interesante sobre la época actual que Gilly hace desde el lente conceptual ofrecido por Polanyi, repara en el incremento de desigualdades y conflictos abiertos y latentes por el control de recursos naturales y por el aumento desproporcionado de la ganancia. Los efectos más violentos refieren al empobrecimiento ma-

¹ Marc Edelman y Angeliq ue Haugerud, “Classical Foundations and Debates. Introduction”, en Marc Edelman y Angeliq ue Haugerud (eds.), *The Anthropology of Development and Globalization. From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*, Malden, Ma., Oxford, y Carlton, Victoria, Blackwell Publishing, 2005, p. 83.

² Scott Cook, “The Obsolete ‘Anti-Market’ Mentality: A Critique of the Substantive Approach to Economic Anthropology”, en Edward E. LeClair, Jr. y Harold K. Schneider (eds.), *Economic Anthropology. Readings in Theory and Analysis*, New York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1968.

³ Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Colección Historia).

⁴ M. Edelman y A. Haugerud, *op. cit.*, p. 84.

yúsculo de grandes conglomerados humanos que parecerían estar fuera de los ideales de desarrollo de estos tiempos. Sin embargo, aunque reconoce la condición de marginalidad que pudiera producirse por el capitalismo tardío y por consiguiente pudiera pensarse estamos ante la creación de figuras contemporáneas del *homo sacer*, cuya vida desnuda ilustra la condición de excepción,⁵ Gilly observa en las cuestiones de marginalidad generadas por el presente un modo de abrir estos mismos aspectos a la exploración de sitios y prácticas donde luchas y experiencias diarias nos permiten entender que en realidad los subalternos no están fuera de ningún lado, sino encaran, enfrentan y modifican las formas de mando o control social redefiniendo constantemente las fronteras que median entre ellos y los poderes sociales.

Los contenidos de los capítulos III y IV abordan justamente las posibilidades y alcances de las acciones de los subordinados. Ciertamente, hay optimismo en Gilly al discutir la cuestión de la experiencia social desde la revisión de pensadores e historiadores de la economía moral y del dominio autónomo, o las “infrapolíticas” de los débiles como diría James C. Scott.⁶ A propósito de la fuerza de la costumbre y derechos consuetudinarios durante el siglo XVII

en Inglaterra, Thompson escribió para explicar los procesos de desmantelamiento de comunidades originarias en Inglaterra que “en alguna parte de su vida los <<pobres>> todavía se sentían autónomos y en ese sentido <<libres>>” (marcas en el original).⁷ El mote de pobres fue acuñado por una élite dominante local en el contexto de los cercamientos, un proceso de apropiación de tierras comunales amparado por el parlamento que posiblemente pretendía esconder la vigorosidad política del campesinado. En la configuración de poder surgidas por el control de recursos, Thompson observaba el despliegue de un conjunto de normas y prácticas basadas en la costumbre que expresaba conceptos alternativos de posesión de las propiedades de los pobres, los cuales se oponían a los principios de libre mercado que promovían los cercamientos. Thompson puso acento en observar cómo en un escenario de conflictos de clases, emociones, alimentadas por sus tradiciones y costumbres, construían un sentimiento de comunidad y alimentaban una economía moral que buscaba esos sentidos de justicia y autonomías locales.

Para Gilly, tal enfoque resulta valioso para ver en las experiencias de la gente imágenes, símbolos y valores construidos cultural e históricamente. Esa cultura, cambiante y constituida en la historia,

despliega sus propios mecanismos para librar formas de regulación del mercado y desarrolla estrategias, básicamente en la lucha cotidiana de hombres y mujeres por la existencia, “para afirmar su propia y adaptada persistencia”. En suma, la economía moral, nos hace ver Gilly, resulta un elemento central para valorar las relaciones entre subalternos y dominantes pero no para reproducir la falsa antinomia entre economía tradicional y economía capitalista. Invita a ir más allá con el objeto de mirar la constante redefinición del mando por las prácticas y valores que oponen los propios subordinados.

En estos tiempos de globalidad neoliberal, la condición subalterna parece inerte ante el poder soberano del Estado o fuerzas supraestatales. Sin embargo, Gilly propone que esta condición merece un entendimiento diferente para mejorar el registro y explicación de la complejidad y contradicciones de la política de los subalternos, así como los efectos que ésta tiene en la redefinición de los mismos órdenes de poder. Gilly hace una revisión de criterios metodológicos para estudiar la historia de los grupos subalternos mediante novedosas interpretaciones que se han hecho del concepto de hegemonía de Gramsci. En primer lugar, Gilly repara en la importancia que algunos otros autores —desde Raymond Williams a William

⁵ Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, Valencia, Pre-textos, 1998.

⁶ James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990, pp.198-201.

⁷ E. P. Thompson, 2000, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 206.

Roseberry— han dado a la noción de hegemonía para entender no sólo el consentimiento, sino la lucha. De ese modo, la hegemonía no refiere a cómo un orden de poder es pacientemente vivido bajo la suma de coerción y consenso. Sobre todo, hegemonía revela la creación de un marco discursivo común donde símbolos, prácticas y organizaciones que sirven para el dominio son igualmente utilizadas por los subordinados para experimentar, negociar y confrontar poderes sociales.

Según Gilly, un buen ejemplo de las maneras creativas en que fueron usadas las ideas de Gramsci para el estudio de los subalternos lo representa *Subaltern Studies*, un proyecto historiográfico para entender la historia colonial y poscolonial de la India desde la visión de los campesinos y otros grupos subordinados. Destaca el papel de esta perspectiva para reconocer la importancia de las acciones y conciencias de los subalternos para constituirse como sujetos ante una historia oficial, tanto inglesa como nacionalista, que los contemplaba como seres pasivos y sin iniciativas políticas. En términos analíticos, Gilly subraya la importancia del dominio autónomo para referirse a las prácticas, ideas, tradiciones y rituales que ha constituido en tiempos largos

de la historia la conciencia campesina en sus marcos locales de hacer política y en las relaciones conflictivas mantenidas con extraños por conquistas y despojos.

En su revisión sobre esta literatura acerca de la subalternidad, Gilly abre un análisis que resalta la capacidad explicativa del concepto de hegemonía. La hegemonía puede ayudarnos a entender no sólo la capacidad de acción (*agency*) de los grupos subordinados para transformar sus mundos mediante la lucha. Ayuda también a comprender cómo en el trabajo y las relaciones comunitarias más mundanas, los poderes son enfrentados y modificados, mientras la gente busca sobrevivir y redefinir la justicia de su vida cotidiana.

Como en la India, México tiene una larga historia de subalternidad. Gilly recupera en el capítulo V las ideas de Bonfil sobre la existencia de una estructura de desigualdad persistente, para emplear la expresión de Tilly,⁸ que desde la colonia, basada en una distinción racial, opera para soterrear la existencia de una civilización subalterna. Aunque negada y despreciada a veces con el peyorativo de “india” (o “naca”), esta civilización se encuentra presente en diferentes escenarios institucionales de pueblos y zonas urba-

nas que aluden a prácticas, socialidades y significados basados en la reciprocidad y solidaridad. Gilly destaca que los planteamientos de Bonfil contribuyen a comprender las cambiantes subjetividades y la condición misma de los subalternos a lo largo de la historia mexicana. Esta cuestión es importante porque implica observar la construcción del mando y la resistencia desde las propias políticas, aspiraciones y contradicciones de amplios sectores populares que, como diría Tutino, “siguen soñando sus autonomías a principios del siglo XXI”.⁹

La trascendencia de estas ideas radica en delinear un argumento original para redefinir en estos días la construcción de subjetividades colectivas no sólo en relación con poderes estatales o transnacionales, sino también en conexión con formas de reglamentación generadas en los márgenes. Ese argumento descansa en el lugar clave que tiene la construcción de un sentimiento de comunidad en la organización de la rebeldía que es constituido por la propia historia y se concretiza en memorias, tradiciones y anhelos. Pero su valor no estriba únicamente en proporcionar el soporte para la defensa de derechos antiguos. Representa, además, una base para la formación de individuales modernas

⁸ Charles Tilly, *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

⁹ John Tutino, “Globalizaciones, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México”, en Leticia Reina y Elisa Servín (coords.), *Crisis, reforma y revolución. México: historias de fin de siglo*, México, Taurus, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 2002, p. 66.

que, si bien se encuentran ligadas a una multitud de identidades unidas “en el mercado por los lazos del valor de cambio” (133), reconocen por medio de ese sentimiento la importancia de ser parte de una colectividad.

El libro termina con una reflexión sobre la importancia de la escritura histórica. Gilly insiste aquí en la necesidad de producir historias que revelen, más que escondan, los fragmentos de las experiencias subalternas. Esta producción de la historia no busca celebrar la existencia de excentricidades. Distingue en el presente la presencia viva del pasado que construye poderes que dominan pero que son también enfrentados por los subalternos, aunque en ese enfrentamiento manifiesten las ambigüedades de sus propias luchas.

En su magnífico acercamiento a la ideas de pensadores diversos, Gilly aborda aspectos sumamente centrales para los debates de la teoría social contemporánea referidos a las cuestiones de poder y la resistencia. La originalidad de este acercamiento reside en esbozar tres enfoques para entender a las subjetividades, su construcción diaria y las resistencias a las formas de mando y control. En el

primero, acuña una noción de historia que subraya una condición subalterna, la génesis histórica del sujeto y la permanente presencia material del pasado en el presente, el cual construye a menudo un argumento para la lucha y la reconstrucción de la comunidad política. En el segundo, se dirige la atención en las formas de sobrevivencia diaria basadas en las relaciones, prácticas y creencias surgidas por las costumbres y la economía moral como vehículos para la búsqueda cotidiana de mejores formas de igualdad social. El tercer enfoque plantea una reconceptualización de lo subalterno no como algo marginal sino como algo propio de los órdenes de poder, lo cual implica rebasar la dicotomía centro/periferia para una comprensión más dialéctica de cómo prácticas, ideas y espacios para la dominación y resistencia se constituyen mutuamente.

Los enfoques pudieran constituirse en una interesante alternativa para aquellos que quieren comprender las formas de soberanía y resistencia en el contexto de la globalidad neoliberal y poderes cada vez más difusos y fragmentados. Ante la construcción de contextos transnacionales tal vez pueda sorprender a cualquier ob-

servador la apropiación contradictoria que los subalternos hacen de su pasado, a veces teniendo como marco su localidad y región para darle renovados significados en el presente con el propósito de reinventarse ellos mismos y modificar los mundos en que viven.

Cuando estuvo como preso político en la cárcel de Lecumberri, Gilly escribió *La revolución interrumpida* (1971), una influyente obra que destacó la activa presencia de los ejércitos campesinos del norte y del sur en la revolución mexicana y revelaría también la fuerte presencia de sectores populares en la imaginación y la construcción del México moderno. En ese momento, el argumento de Gilly de tomar en serio a la gente de abajo se alzó como una perspectiva crítica ante visiones oficiales y reificadas de la revolución y enfoques revisionistas que negaban prácticamente el papel jugado por los sectores populares en ella. En estos días, cuando el ángel de la historia postra otra vez sus alas para contemplar paisajes devastados por una nueva ola de progreso, Gilly parece decirnos que la fuerza de la fantasía de mundos mejores parece abrirse nuevamente espacio.

